

Maruxa Cardama

*Secretaria general, Partnership on Sustainable Low Carbon Transport;
ex Senior Policy Specialist, Cities Alliance-UNOPS*

Las décadas de movimiento municipalista pionero, de paulatino reconocimiento del potencial de transformación que tiene el proceso de urbanización y de gradual empoderamiento de las ciudades y las regiones como actores principales en los escenarios nacional e internacional han presenciado el florecimiento de redes organizadas de gobiernos locales y regionales. El panorama ha evolucionado considerablemente desde que se inició el movimiento municipalista en el siglo xx. Estamos hoy ante un cada vez más diverso y complejo ecosistema de redes de ciudades y regiones. En este entorno enrevesado, muchas veces resulta difícil entender la razón de ser fundamental, los resultados característicos, o los mecanismos de gobernanza y transparencia tanto de cada una de las redes individuales como del movimiento municipalista en su conjunto. Para poder comprender plenamente los desafíos y las oportunidades más importantes del ecosistema actual, será crucial abrir espacios para un cuestionamiento audaz por parte de voces tanto de dentro como de fuera del sistema que se están cuestionando su evolución estratégica. Porque, en definitiva, sin una reconfiguración del sistema que aborde sus desafíos más peligrosos, así como la viabilidad de las redes individuales, el movimiento municipalista se halla en riesgo a largo plazo.

Para poder comprender plenamente los desafíos y las oportunidades más importantes del ecosistema actual, será crucial abrir espacios para un cuestionamiento audaz por parte de voces tanto de dentro como de fuera del sistema que se están cuestionando su evolución estratégica

I. Mil flores que florecen: eficacia y eficiencia

El fenómeno de las redes no es nuevo. Las ciudades y regiones llevan organizándose en redes desde las primeras décadas del siglo xx; aunando fuerzas de manera organizada con el propósito de concienciar sobre sus necesidades y sus activos, defender sus intereses, hallar soluciones a retos comunes, aprender de otras ciudades y regiones, y generar una masa crítica capaz de ejercer presión sobre los gobiernos nacionales y las organizaciones multilaterales para propiciar espacios de diálogo. A través de estas redes, las ciudades y regiones también han defendido con orgullo su ambición de proyección internacional, y promovido con éxito su participación en la definición y la ejecución de agendas globales.

Es preciso dar un paso atrás y cuestionar el *modus operandi* del ecosistema de redes en su totalidad. Esto implica plantear preguntas complejas e interrelacionadas que requieren un debate abierto e imparcial, además de una nueva perspectiva

La proliferación de redes de ciudades en las últimas décadas ha evolucionado de forma paralela a una serie de tendencias con profundas repercusiones geopolíticas. Entre los acontecimientos principales de esta evolución están el auge de los procesos multilaterales para la elaboración de agendas globales; la consolidación de procesos de integración regional; el cuestionamiento del Estado nación; la consolidación del municipalismo internacional; y mayor comprensión y reconocimiento de los procesos de urbanización como tendencia demográfica de importancia con efectos socioeconómicos y medioambientales duraderos.

El muy significativo aumento del número y la diversidad de redes de ciudades, en particular, en los últimos 15 años, se ha producido de una forma predominantemente orgánica y, a veces, como respuesta política a entresijos políticos nacionales, regionales o internacionales de un contexto dado. Esta evolución ha dado lugar a una profunda transformación del llamado ecosistema de redes. Aunque dicha transformación no es necesariamente un problema en sí misma, lo que sí resulta problemático es que la interacción entre las redes no siempre es lo sinérgica que debería ser, y la incidencia del conjunto del ecosistema no es plenamente coherente con el espíritu del movimiento municipalista.

La incómoda realidad es que, con más frecuencia de lo que nos gustaría admitir, a quien se encuentra fuera del mundo de las redes le cuesta descifrar a qué redes debería afiliarse, o con cuáles debería colaborar. Al mismo tiempo, incluso quienes están dentro de ese mundo apenas pueden seguir las superposiciones entre las misiones, los miembros, los programas de trabajo y los actos emblemáticos de las distintas redes. El carácter distintivo de la misión, objetivos y resultados específicos de cada red se diluye a menudo en enfoques duplicativos. La dispersión de esfuerzos y lo limitado del discurso común y de la coordinación entre redes en torno a las principales cuestiones intersectoriales menoscaban la incidencia colectiva y, a veces, generan confusión entre los interlocutores nacionales o internacionales a los que se dirigen. En aras de la eficacia y eficiencia individuales y colectivas, parece importante que las misiones y los mandatos de las distintas redes se enfoquen con mayor complementariedad y coordinación.

Paralelamente a este análisis individual, es preciso dar un paso atrás y cuestionar el *modus operandi* del ecosistema de redes en su totalidad. Esto implica plantear preguntas complejas e interrelacionadas que requieren un debate abierto e imparcial, además de una nueva perspectiva. ¿Es inevitable una cierta contradicción entre diversidad y eficacia e impacto? ¿Qué mecanismos y foros deben desarrollarse a fin de fomentar la coherencia de acción entre las distintas redes? ¿Cuál es la función de los actores externos al ecosistema en todo esto? Por otra parte, ¿es el creciente número y diversidad de redes una respuesta a necesidades reales (y, en tal caso, ¿a las necesidades de quién), o se trata de una situación tipo *cuidado con lo que se desea*? ¿Se trata de un triunfo de los veteranos activistas del municipalismo, o de un intento de controlar el movimiento por parte de fuerzas externas? ¿Es una garantía de especialización y profundidad técnicas, o es una cacofonía ensordecedora? ¿Ocurre en una coexistencia sinérgica, o rige la ley de la selva? Quienes hemos participado y fomentado con orgullo el movimiento de redes durante décadas y conocemos su trayectoria y sus esfuerzos sabemos que responder a estas preguntas con un mero sí o un *no* no haría justicia al movimiento.

II. Un ecosistema atrapado entre el riesgo de implosión y el de manipulación externa

Entre las cuestiones que es preciso afrontar colectivamente y para las que se requiere un discurso colectivo están las relativas al concepto de «ecosistema». Una búsqueda rápida en Wikipedia nos recuerda que los ecosistemas implican interacciones entre organismos, y entre organismos y su entorno. Cuando examinamos las interacciones entre las redes del ecosistema, llama la atención que últimamente oímos a los representantes de las ciudades expresar su descontento respecto a un calendario saturado de conferencias, congresos, cumbres, asambleas *de alto nivel, mundiales o globales*, y un largo etcétera de actos emblemáticos que organizan las distintas redes de las que es miembro su ciudad.

Podríamos limitar nuestra reflexión a ofrecer algunas respuestas inmediatas a este descontento, como, por ejemplo, recomendar a las secretarías de las redes internacionales más importantes que intensifiquen esfuerzos para conseguir un mayor grado de coordinación de los programas de eventos; sin embargo, yo abogaré más bien por apelar también a la responsabilidad individual y colectiva de las ciudades o regiones miembros que dan vida a estas criaturas basadas en la afiliación que son las redes. ¿Podríamos afirmar hoy que la ciudad o región promedio que decide afiliarse a una red cuenta con un plan estratégico a medio plazo para hacerlo? A pesar de décadas de proliferación de redes de ciudades, si tomamos el promedio de las ciudades o regiones, no creo que podamos. Sigue siendo frecuente que ciudades y regiones de distintas latitudes y niveles de desarrollo valoren la fortaleza de su estrategia de internacionalización o de sus planes de creación de capacidades en términos meramente cuantitativos (es decir, el número de redes de las que forman parte) sin prestar esa misma atención a analizar los objetivos estratégicos de cada afiliación a una red. ¿Podríamos afirmar, hoy en día, que la ciudad o región promedio que decide participar en los mecanismos de gobernanza de una red determinada actúa por motivos ligados exclusivamente a la misión colectiva de esa red? Yo estoy segura de que es así en muchos casos; pero no estoy segura de que pueda decirse que esto es la norma para todas las ciudades o regiones que acaban desempeñando funciones de gobierno en una red.

En las organizaciones de miembros por afiliación, los miembros obtienen beneficios en la medida en que invierten en la vida de la organización. Es de vital importancia que la ciudad o región sea estratégica y también sincera y realista respecto a sus expectativas, ambiciones y contribución al afiliarse a una red. Y también es vital que la gobernanza de estas redes se rija por estrictos niveles de servicio a la misión común y de rendición de cuentas democrática.

Al examinar el desempeño de este ecosistema por lo que respecta a las interacciones entre las redes y su entorno, debemos destacar que, desalentados por no entender quién hace qué, o a quién prestar ayuda financiera para un tipo de labor en particular, o de qué modo se produce la colaboración entre las redes; los gobiernos nacionales, las entidades multilaterales, las entidades filantrópicas, los actores del sector privado y el mundo académico optan, cada vez con más frecuencia, por prescindir de las redes y en su lugar colaboran directamente con las ciudades y regiones. Muchas veces lo hacen basándose en criterios y muestras alea-

En las organizaciones de miembros por afiliación, los miembros obtienen beneficios en la medida en que invierten en la vida de la organización. Es de vital importancia que la ciudad o región sea estratégica y también sincera y realista respecto a sus expectativas, ambiciones y contribución al afiliarse a una red

torios que desvirtúan el objetivo de entender mejor el modo de utilizar el potencial de acción de los gobiernos locales y regionales. En otros casos, esta circunvalación de las redes para trabajar directamente con las ciudades y regiones responde a la lógica del *divide y vencerás*, pulverizando el factor *masa crítica*.

En todo ecosistema, las especies presentan tamaños distintos y desempeñan funciones distintas a lo largo de toda la cadena de funciones que sustenta la viabilidad de todos y cada uno de los organismos. Las denominadas *especies paraguas* se seleccionan por ser capaces de ofrecer decisiones relacionadas con la conservación. Si se las protege, lo normal es que se contribuya indirectamente a proteger a las muchas otras especies dentro del mismo hábitat. Todo se ha complicado mucho en el ecosistema de redes en este ámbito. Las grandes redes tradicionales compuestas únicamente por gobiernos locales y regionales, que tradicionalmente ocupaban un amplio y destacado espacio en el ecosistema, han presenciado la llegada de *otro tipo de gran especie* con significativo poder individual de convocatoria y capacidad de atraer recursos, tanto financieros como humanos a escala considerable. Se trata de las *nuevas* redes o iniciativas impulsadas por la filantropía, y compuestas por megaciudades o por ciudades *globales*, así como de las *nuevas* redes, con una base heterogénea de afiliación formada por distintos niveles de gobiernos, sociedad civil y organismos del sistema de Naciones Unidas. La comunidad de redes no siempre es capaz de dar respuesta con una visión común a las preguntas acerca de la aportación de estas *nuevas* redes y su compatibilidad con el ecosistema *tradicional*.

La gran atención que se ha dedicado a las denominadas *especies paraguas* ha dado lugar a consecuencias imprevistas como, por ejemplo, la falta de atención (al menos, en parte) a las ciudades secundarias. Este desinterés se ha manifestado en la atención limitada que se ha prestado durante décadas a las necesidades de capacitación y recursos de las ciudades secundarias y a su potencial para contribuir a la construcción del sistema de ciudades que tan necesario es para incrementar las soluciones transformadoras y superar las desigualdades dentro de los países. Lo paradójico es que últimamente se han producido más giros de tuerca de esta consecuencia imprevista. Estos giros de tuerca contribuyen a saturar aún más el ecosistema de redes y se suman a la lista de factores externos que ejercen presión sobre este. A medida que se va admitiendo este desinterés por las ciudades secundarias, brotan nuevas redes, iniciativas y plataformas orientadas a esta tipología de ciudades; compañías de consultoría internacional aprovechan la oportunidad de negocio, y una larga lista de entidades multilaterales con más o (a menudo) menos experiencia en gestión urbana buscan trabajar con y en ciudades secundarias.

Wikipedia nos dice también que los ecosistemas pueden ser de cualquier tamaño, pero cada ecosistema cuenta con un espacio específico y limitado. Un argumento ampliamente compartido por todas las redes es que las ciudades son laboratorios de soluciones integradas y multiactor para abordar los aspectos sociales, económicos y medioambientales que subyacen al desarrollo territorial y urbano y que están indisolublemente conectados entre sí. Los intercambios y el aprendizaje entre ciudades y regiones afines, así como el apoyo técnico para reproducir soluciones prácticas, se encuentran entre los servicios esenciales que ofrecen habitualmente las redes para atraer a los gobiernos locales y regionales. Pero

aun así el ecosistema no consigue optimizar el potencial que ofrece la interacción sinérgica entre redes *tradicionales* y *nuevas* en lo que respecta a una mayor integración y a alianzas inteligentes con actores del sector privado, del ámbito de la creación de conocimientos, o de organizaciones de la sociedad civil.

Los ecosistemas están controlados tanto por factores internos como externos. En los últimos años, entidades filantrópicas, agencias de desarrollo bilaterales y entidades o fondos multilaterales han ido ganando cada vez más influencia en el ecosistema de redes y en su dinámica interna. También han creado diversas plataformas e iniciativas al margen del ecosistema de redes; iniciativas que gozan de robustos perfiles, un dinamismo considerable y sólidos recursos, aunque con estructuras de gobernanza y transparencia menos claras que las de las denominadas *redes tradicionales*. Con la inclusión de un objetivo específicamente dedicado a las ciudades y comunidades dentro de los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (el ODS 11) que orientan la Agenda 2030 y con el mayor reconocimiento de la acción de los gobiernos subnacionales en la adaptación al cambio climático y su mitigación únicamente cabe esperar que estas tendencias sigan en aumento y alcancen nuevas cotas.

Es importante que la comunidad de redes sea capaz de identificar, cuestionar y comunicar las consecuencias (tanto negativas como positivas) de estas influencias externas. Esto dotará a la comunidad de una base de conocimientos desde la que facilitar una interacción informada, audaz y constructiva con las entidades filantrópicas, las agencias de desarrollo bilaterales y las entidades o fondos multilaterales sobre la función de cada uno de los actores a la hora de posibilitar la acción local y regional para el desarrollo humano sostenible.

¿Qué significa a día de hoy democratizar más la gobernanza tanto de las *redes tradicionales* como de las *redes* o *iniciativas nuevas* para hacerlas más transparentes y garantizar la rendición de cuentas? Y, ¿ante quién debe rendir cuentas cada tipo de red? ¿Es posible definir funciones diferenciadas y al mismo tiempo complementarias entre las *redes tradicionales*, compuestas por gobiernos locales, y las *nuevas* redes basadas en —u orientadas hacia— múltiples actores? Y, de ser así, ¿cuál es el discurso común al que podría recurrirse para definir las? ¿Qué pueden suponer las diferencias entre estos dos tipos de redes en cuanto al desarrollo estratégico del movimiento de redes en las próximas décadas? Estas son algunas de las cuestiones que siguen abiertas al debate. No sería posible ni sensato abordarlas únicamente desde dentro de los círculos internos del ecosistema de redes.

III. La razón de ser actual y los nuevos límites del ecosistema

La ciencia ha demostrado que los ecosistemas son, *per se*, dinámicos. Qué duda cabe que no es conveniente gastar energías en limitar el número de redes que ven la luz del día. Por otro lado, probablemente, planificar la evolución de cada una de las redes sea un sinsentido. Sin embargo, creo que los aspectos que se han abordado antes suponen una llamada de atención para el movimiento de redes e implican la necesidad de reconfigurar su ecosistema.

Partiendo de los éxitos individuales y colectivos y del aprendizaje acumulado durante décadas por las distintas redes, es crucial identificar la evolución estratégica y los nuevos parámetros que definen la razón de ser actual, tanto del movimiento de redes de ciudades en su conjunto como de cada red individual

Partiendo de los éxitos individuales y colectivos y del aprendizaje acumulado durante décadas por las distintas redes, es crucial identificar la evolución estratégica y los nuevos parámetros que definen la razón de ser actual, tanto del movimiento de redes de ciudades en su conjunto como de cada red individual. A partir de estos aspectos fundamentales, podremos debatir abiertamente, comprender y comunicar la taxonomía de redes hoy en día, las contribuciones singulares que hace cada una, y las interacciones entre ellas. Podría argüirse que, prácticamente, cualquier clasificación sería reduccionista y distorsionaría la compleja realidad. Lo que no admite discusión son los riesgos de meter la cabeza en la tierra como las avestruces o de limitar la capacidad del movimiento de redes para redefinirse a sí mismo y autoorganizarse desde la madurez de sus resultados.

Durante décadas, las redes de ciudades, entre otros logros, han proporcionado liderazgo intelectual y mecanismos de coordinación, cuyos impresionantes efectos positivos han sacado los colores e incluso han cuestionado los resultados obtenidos por los gobiernos nacionales y las entidades multilaterales. Además, las redes de ciudades han proporcionado la plataforma para una auténtica participación de los gobiernos locales y regionales en las fases de negociación y consulta de los acuerdos internacionales. Con la masa crítica estratégica obtenida a través de estas redes, las realidades, activos y necesidades de los gobiernos locales y regionales se reflejan cada vez más y mejor en las agendas, tanto nacionales como internacionales.

Gracias a la visión común del movimiento municipalista y a los esfuerzos colectivos de las redes, por fin se ha asumido que las ciudades y regiones deben tener un asiento en las mesas —nacionales e internacionales— en donde se debaten los desafíos y se buscan hojas de ruta concertadas con impacto en el ámbito local. Las redes de ciudades y regiones pueden ser esenciales para la ingente labor que nos aguarda. Para ello deben reavivar la esencia aventurera y audaz del movimiento municipalista que las inspiró. De cara a ello, será vital no rendirse a los cantos de sirena de quienes esperan que las redes funcionen en una fortaleza aislada del resto de actores, resistir toda tentación de emular foros de gobiernos nacionales o entidades multilaterales en *grandeur*, y prosperar en eficacia dinámica y competencia sana en áreas del pensamiento y la acción innovadores.

La pregunta sobre cuál es la próxima frontera del movimiento merece una deliberación exhaustiva desde dentro y desde fuera del mismo. Si bien no es el objetivo principal de este capítulo, a mí, como entusiasta de las redes que soy, me gusta pensar en las enormes oportunidades que ofrece la exigencia de tener que reconfigurar este ecosistema. El propósito de los párrafos que siguen a continuación es simplemente aportar motivos de reflexión al muy necesario debate abierto e imparcial que reclama este capítulo.

Las ideologías radicales, el populismo, la xenofobia y la desigualdad son fuerzas intensas que están sacudiendo los cimientos de los valores democráticos y fomentando la desconexión entre instituciones, gobiernos y ciudadanos desde el ámbito local al nacional y multilateral. El vínculo existente entre la labor de las redes y las cuestiones que están cercanas a los temores y alegrías de los ciudadanos ha de ser más y

mejor aclarado y facilitado; la degradación de la democracia desde la vida de la comunidad local hacia arriba requiere un contrapeso; los derechos humanos y los valores de solidaridad y cohesión social, tan intrínsecos al ADN del movimiento municipalista, necesitan protección. Estos objetivos fundamentales podrían conducirnos a descubrir algunas de las próximas fronteras de nuestro movimiento.

Las redes de ciudades pueden ejercer un liderazgo intelectual y una función de custodia, y recordarnos que la defensa de la democracia y la necesidad de adaptar su *modus operandi* en este convulso siglo XXI son una emergencia mundial que abarca el planeta en su totalidad. Las redes de ciudades pueden contribuir a evitar que las fuerzas negativas a las que se ha hecho referencia antes impregnen la vida institucional y política con sus discursos, y que se acepten como la nueva dialéctica habitual. Las redes de ciudades pueden ofrecer un espacio de confianza para definir una nueva agenda democrática anclada a un pacto social moderno entre instituciones, gobiernos y ciudadanos.

A medida que índices de urbanización sin precedentes determinan el desarrollo de los países de rentas medias, emergentes y menos desarrollados, y vamos comprendiendo mejor cómo los modos de vida urbanos reaccionan, se adaptan y mitigan los desafíos mundiales; se va reconociendo ampliamente la perentoria necesidad de una acción sinérgica y complementaria por parte de los distintos ámbitos del gobierno para superar los desafíos más acuciantes a los que se enfrenta la humanidad en el siglo XXI. A consecuencia de los acuerdos globales como la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, o el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático, que supusieron un cambio de paradigma, se ha aceptado, en general, que los Objetivos de Desarrollo Sostenible y la *hoja de ruta* de la Acción Climática Mundial deben ser dotados de carácter local o ser *localizados*. Esto implica que deben traducirse en acciones concretas para el desarrollo territorial y en efectos positivos en las comunidades locales. Estas agendas globales no lograrán una transformación positiva tangible para las personas ni para el planeta si no se produce una capacitación de los gobiernos locales y regionales y no se facilita la apropiación de las mismas por parte de los ciudadanos. Además, existe cada vez una mayor conciencia de que *localizar* las agendas globales significa conceder a los gobiernos locales y regionales liderazgo en el proceso y recursos acordes.

Las redes de ciudades desempeñan una función crucial de cara a ayudar a gobiernos nacionales, agencias donantes, sector privado, organizaciones filantrópicas, ámbito académico y entidades multilaterales a comprender que el panorama del desarrollo urbanístico sostenible mundial requiere una diversidad de modelos de desarrollo y sendas aún por identificar y, actualmente, lejos de verse habilitadas con marcos institucionales, jurídicos y financieros adecuados.

La ambiciosa Agenda 2030, cuya propuesta es no abandonar a nadie, a ningún lugar ni a ningún ecosistema natural, solo podrá cumplirse mediante un nuevo paradigma de sistemas de gobernanza intergubernamental, fiscal y financiero, basados en el principio de gobernanza a múltiples niveles y que tengan presente la reducción general de la ayuda oficial al desarrollo. Sin embargo, hasta ahora, el reconocimiento internacional de los procesos de urbanización y de las ciudades como

Las redes de ciudades pueden ejercer un liderazgo intelectual y una función de custodia, y recordarnos que la defensa de la democracia y la necesidad de adaptar su *modus operandi* en este convulso siglo XXI son una emergencia mundial que abarca el planeta en su totalidad

Las redes de ciudades desempeñan una función crucial de cara a ayudar a gobiernos nacionales, agencias donantes, sector privado, organizaciones filantrópicas, ámbito académico y entidades multilaterales a comprender que el panorama del desarrollo urbanístico sostenible mundial requiere una diversidad de modelos de desarrollo y sendas aún por identificar y, actualmente, lejos de verse habilitadas con marcos institucionales, jurídicos y financieros adecuados

motores y agentes de transformación no se ha reflejado en estructuras de gobernanza mundiales como las Naciones Unidas. Aunque las evidentes mejoras de los últimos años en términos de participación de gobiernos subnacionales, de otros grupos de interesados y de la sociedad civil en estructuras de gobernanza mundiales son incuestionables; la configuración general continúa anclada en la lógica de estados nación de los siglos XIX y XX.

Más allá de la importante tarea de conservar un asiento en las mesas de decisiones nacionales e internacionales, las redes de ciudades y regiones pueden ofrecer liderazgo intelectual con vistas a definir y poner en funcionamiento un nuevo paradigma, tanto en los contextos nacionales como en los espacios multilaterales tales como las Naciones Unidas o los bancos multilaterales de desarrollo. Las redes pueden además identificar qué cambios internos son necesarios dentro del ecosistema para poder participar de forma efectiva en las distintas hipótesis que podrían derivarse de estos nuevos paradigmas. El actual *modus operandi* interno del ecosistema no será suficiente.

En la búsqueda de modos de vida y comunidades prósperas, justas y respetuosas con el medio ambiente, los gobiernos locales y regionales afrontan una serie de retos complejos e integrados que apelan a las responsabilidades y capacidades de otros muchos actores. Las redes de ciudades y regiones seguirán siendo una ayuda crucial a la hora de identificar las deficiencias de capacidad y de apropiación por parte de los gobiernos locales. Al mismo tiempo, las redes pueden apoyar la intensificación de los esfuerzos encaminados a acciones concretas entre países, ciudades y el sector privado. Asimismo, estas pueden abanderar la interfaz conocimiento-políticas públicas-práctica entre los actores generadores de conocimiento, los *policy makers* y los profesionales. Las redes podrían orientarse igualmente hacia la facilitación de espacios seguros para la innovación social e institucional positiva o para el cambio de comportamiento en la sociedad, en colaboración con las Ciencias Sociales. Las redes pueden también ser precursoras de métodos de concepción de sistemas que, al tiempo que permitan la colaboración entre departamentos y superen la mentalidad de silos aislados en las administraciones locales, promuevan, además, la especialización y profundidad técnicas.

Desde la creación de las redes de ciudades y regiones pioneras en la primera mitad del siglo XX, los gobiernos a todos los niveles, las entidades multilaterales y, desde luego, el movimiento municipalista han cosechado éxitos y resultados tangibles gracias al método de trabajo en red. La proliferación de un número y una diversidad de redes cada vez mayor ha generado una cierta cacofonía, y en general se está cobrando su peaje en la eficacia, eficiencia, coherencia y legitimidad, tanto de las redes individuales como de su ecosistema. No es necesario caer en el alarmismo o demonizar ni al movimiento municipalista original ni al método de trabajo en red. Simplemente ha llegado el momento de dedicar los esfuerzos adecuados a comprender y explicar de forma consciente cómo ha evolucionado el ecosistema de redes durante las últimas décadas; cuál puede ser su evolución estratégica en los siguientes años y cuál sería su reconfiguración coherente. Cuál es la razón de ser actual del movimiento de redes; cuáles de sus antiguas características han dejado de existir y cómo pueden solucionarse sus déficits indeseables;

qué oportunidades y desafíos (deseados o no) conllevan sus nuevas características; cómo pueden las distintas redes promover alianzas con otras comunidades y grupos de interés; cuáles son los actores externos que habilitan, influyen o incluso distorsionan el movimiento municipalista en el siglo XXI; cómo puede el movimiento de redes en general (y cada red individualmente) seguir siendo transparente y rendir cuentas en el actual clima sociopolítico turbulento. Abordar estas cuestiones de manera colectiva no solo consolidará la madurez de las redes de ciudades y regiones como vehículos que facilitan un lugar en las mesas de decisión nacionales y mundiales, sino que está ligado, en esencia, a la supervivencia a largo plazo de un buen número de redes individuales y, en última instancia, del conjunto del ecosistema.

En un sector que durante el último decenio ha sido alimentado intelectualmente por un grupo de activistas y compañeros de viaje muy comprometidos, sería tentador matar al mensajero. Permanecer abiertos a las reflexiones de otros grupos de interés al margen de los gobiernos locales y regionales y las secretarías de las redes —y también fomentarlas— será crucial. Debemos aprovechar la oportunidad de debatir y organizar un ecosistema contemporáneo de redes de ciudades y regiones con nuestras propias condiciones antes de que lo hagan por nosotros otras fuerzas con objetivos menos democráticos y altruistas.

